Un valenciano entre valquirias. El viaje a Escandinavia de Josep Sanchis Sivera (1911)

Rafael Roca
Universitat de València - IIFV

Recibido: 15 de noviembre de 2018 *Aceptado: 5 de diciembre de 2018*

Abstract: The present article examines the exciting and intense journey to two Nordic countries (Denmark and Sweden) that the Valencian erudite and historian Josep Sanchis Sivera went on during the months of July and August 1911. A voyage that, from our current perspective, is of the highest cultural and ethnographic interest. Thus, this study recovers and analyses the 22 journalistic chronicles which the author himself published in the dailies of the city of Valencia during the months following the expedition.

Key words: Travel literature, Josep Sanchis Sivera, Valencia, 20th century, Scandinavia.

Resumen: El presente artículo analiza el apasionante e intenso viaje que, durante los meses de julio y agosto de 1911, el erudito y historiador valenciano Josep Sanchis Sivera realizó a dos países nórdicos, Dinamarca y Suecia; un periplo que, desde la perspectiva actual, ofrece un gran interés cultural y etnográfico. Así, el estudio recupera y examina las veintidós crónicas periodísticas que, en los meses posteriores a la expedición, el propio autor publicó en la prensa diaria de la ciudad de València.

Palabras clave: Literatura de viajes, Josep Sanchis Sivera, València, siglo XX, Escandinavia.

1. Un viaje trepidante

Durante el verano de 1911 el escritor e historiador valenciano Josep Sanchis Sivera[1] realizó un largo viaje a tierras escandinavas[2]. Una expedición destinada al descubrimiento cultural y etnográfico que, desde la perspectiva actual, se presenta tan apasionante como exótica. De esta manera, gracias a las veintidós crónicas que, bajo el título "Por tierras escandinavas. Apuntes de un turista" y firmados con el seudónimo de Lázaro Floro[3], fueron publicadas en el periódico *Las Provincias*[4], tenemos exacto conocimiento de la singular visita que el también canónigo y periodista —y tío carnal del filólogo e historiador Manuel Sanchis Guarner (Ferrando, 1999: 11)— realizó en solitario a los países de Dinamarca y Suecia.

Aunque las crónicas están fechadas en nueve sitios diferentes (París, Colonia, la región de Westfalia, Hamburgo, Kiel, el mar Báltico, Copenhague, Malmö y Estocolmo), el objetivo declarado del viaje eran las capitales de aquellos dos países, donde sabemos que Sanchis Sivera pasó 17 y 18 días, respectivamente. Así, en el primero de los veintidós artículos, fechado en París el 18 de julio de 1911, nuestro protagonista se situaba a medio camino de Copenhague. Y se presentaba ante los lectores haciendo gala de la suma alegría con que iniciaba aquella expedición "a las regiones del Norte:" "¡Dinamarca! ¡Suecia! ¡Hamlet! ¡Las noches blancas! He aquí lo que me obsesiona desde que salí de mi casa," exclamaba. De hecho, eran tantas las expectativas que había depositado en la visita al territorio escandinavo que la contemplación de la capital de Francia —que era una ciudad, escribía, que "me encanta, [...] me atrae, [...] me subyuga"—, lo dejó prácticamente apático: "No ejerce en mí ahora influencia alguna," aseguró.

Por otra parte, una de las informaciones más interesantes que ofrece aquel primer artículo es la de dar a conocer con qué tipo de equipaje realizaba sus viajes nuestro autor: "Un maletín de mano con lo más indispensable y... nada más;" ya que muestra, de manera expresiva,

---

[1] Para una aproximación a su vida y obra: Robres, 1940; Salvador, 1943; Pérez i Moragón, 1999; y Rodrigo & Pérez i Moragón, 1999.

[2] Sobre la actividad excursionista y viajera que Sanchis Sivera practicó: Roca, 2011: 21-128; y Roca, *en prensa*.

[3] Uno de los primeros críticos literarios en identificar a "Lázaro Floro" con Josep Sanchis Sivera fue "Valentino," es decir, Teodor Llorente Olivares. Comprobadlo en: Valentino, 1902.

[4] En concreto, los artículos aparecieron a *Las Provincias* los días 23, 30 y 31 de octubre; 6, 9, 14, 15, 17, 20, 22 y 27 de novembre; y 7, 13, 18 y 27 de diciembre de 1911. Y los días 2, 7, 8, 15, 22 y 29 de enero; y 5 de febrero de 1912.

cuáles eran su talante y su estilo de viaje, que sin duda priorizaba la comodidad y la libertad de movimientos por encima de otras cuestiones, como por ejemplo la vanidad indumentaria. Además, y a propósito de los múltiples "americanos, ingleses, belgas y aún españoles" con que se cruzó aquel día en París, comentaba que "nunca he comprendido este modo de viajar," y que sentía "lástima" "hacia los que gastan su dinero para ver y no comprender." "Estoy satisfecho de viajar de modo bien distinto," manifestaba con un cierto orgullo: "Prefiero a *ver* las cosas, observarlas y estudiarlas, gozar de la emoción que el arte produce en el espíritu, compenetrarme de la idiosincrasia de un pueblo, extasiarme ante las bellezas de la naturaleza, vivir como los pájaros en libertad completa, sin que nadie me aguarde, obediente solo a mi capricho."

Desde París continuó hacia Colonia en tren, un trayecto que debió realizar durante la noche del 18 al 19 de julio. Como anécdota explicó que, cuando ya pensaba que viajaría de una manera medianamente cómoda, en un compartimento ocupado por él y un matrimonio inglés, aparecieron "un numeroso grupo de japoneses que toman por asalto mi coche," y que, tanto por la apariencia como por el comportamiento, no le hicieron ninguna gracia.

El carácter de Josep Sanchis Sivera, repleto de buen humor y epicureísmo, emergía con fuerza en el relato de diversas anécdotas, como por ejemplo cuando explicó que, después de verse forzado a bajar del tren para superar la aduana de la frontera belga, donde todos los viajeros eran conminados a mostrar sus maletas, volvió "arriba otra vez con mis japoneses, no sin antes beberme un buen vaso de excelente cerveza, que levanta mis decaídas fuerzas."

Por otra parte, y como manifestación de su larga experiencia viajera, a menudo lanzó comentarios que acreditaban su vasto conocimiento del territorio que pisaba. Así, mientras atravesaba Bélgica, que describía como "el hermoso fragmento de tierra que separa Francia de Alemania," aseguraba encontrar el país "con la misma belleza, [y] con mayor adelanto si cabe que otras veces." De la misma manera, no dudó en evidenciar su espíritu germanófilo al asegurar que Alemania "es para mí un país muy conocido, lo mismo que sus costumbres y usos." De hecho, lo había recorrido pocos años antes de norte a sur y de este a oeste, en el transcurso de un interesantísimo viaje que relató en el volumen titulado *De Alemania. Notas de viaje* (1906). Finalmente, la locomotora se paró en la estación de Colonia, donde nuestro hombre pernoctó, no sin antes recorrer las calles más céntricas de la ciudad y los alrededores de la catedral.

La segunda crónica periodística, fechada el 20 de julio, está dedicada a ensalzar las virtudes de Colonia, una ciudad que, "si me viese obligado a vivir en Alemania, elegiría [...] como sitio de residencia," sentenció. Y entre las cosas que más le fascinaban citaba el Rhin, la catedral —que calificó como "la mejor de Europa"— y los habitantes. Como ya le había pasado en París, la contemplación de los numerosos grupos de turistas que deambulaban por la ciudad alemana le provocó una nueva e interesante reflexión acerca de la procedencia geográfica de los turistas y el hecho de que viajaran con mayor o menor frecuencia: "Aunque estaba convencido, me afirmo ahora más de que los únicos que viajan son los ingleses y los alemanes. Los franceses corretean dentro de su nación y los italianos y españoles por los alrededores de sus pueblos." Y todavía añadía: "Digo esto porque en mis viajes por estos países nunca he oído hablar español ni italiano, y muy raramente francés. En cambio el inglés y el alemán se habla en todos los grupos de turistas."

Sanchis Sivera abandonó Colonia poco después de las nueve de la mañana del 21 de julio. Lo hizo en dirección a Kiel y nuevamente en tren, en un coche de "tercera clase," información que enlazaba con lo que había manifestado en la anterior crónica, cuando se había incluido entre los que "viajaban solos y con poco dinero." Observador atento del paisaje, manifestó el gran placer que le producía atravesar la Westfalia, "inmenso territorio de leyendas, de montañas, de bosques y de praderas," y contemplar, aunque fuera de paso, ciudades como Düsseldorf y Bremen.

Al llegar a Hamburgo invirtió las seis horas libres de que disponía, antes de continuar el viaje hasta Kiel, recorriendo "la gran ciudad hanseática," "dispuesto [...] a gozar de sus admirables perspectivas." La visita a aquella metrópoli —que calificó como una "Babel, donde se oyen hablar todos los idiomas y dialectos del universo"— hizo aflorar en él la profunda admiración que sentía por la cultura alemana: "Nunca he contemplado a Hamburgo tan hermoso como hoy. Yo no sé lo que encuentro aquí de original, que experimento extraordinaria alegría." Con todo, lo que más bello le pareció —"lo que me hace soñar en el Gran Canal de Venecia y en la inimitable bahía de Nápoles"— fue el *Binnenalster*, el "delicioso" lago formado por el río Alster, a la orilla del cual cenó en un restaurante frecuentado por "los esplendores del lujo hamburgués." Describió la noche como "tibia y perfumada," y el lugar, como "uno de los puntos más deliciosos de la tierra." "Yo creo soñar," aseguraba.

Finalmente, partió de Hamburgo a las once de la noche. Y en menos de dos horas recorrió los 112 kilómetros que faltaban hasta Kiel. Una vez allí, se desplazó rápidamente hasta el puerto y se embarcó en "un vapor muy pequeño" que le permitió cruzar el Báltico y llegar hasta Dinamarca, primer destino de su viaje. Pasó la noche del 21 al 22 de julio en la cubierta del paquebote, navegando con "unos treinta pasajeros, entre ingleses, alemanes y daneses" y sentado encima de "un montón de lonas." La bella travesía por el Báltico conmovió su espíritu y le hizo dar gracias a Dios por un espectáculo que calificó de "soberbio, de un espiritualismo encantador."

Resulta sintomático señalar que lo primero que le llamó la atención al llegar al puerto danés de Korsør fue el idioma, que era absolutamente desconocido e ininteligible para él, una persona que dominaba, además del catalán materno y del español, el italiano y el francés, y que tenía conocimientos avanzados de inglés y de alemán (y seguramente también de latín, dada su formación eclesiástica): "No entiendo a nadie, ni pueblo hablar una palabra," exclamó enojado. A pesar de encontrarse ya en territorio escandinavo, todavía le faltaban algunos kilómetros para llegar a Copenhague, primer objetivo de su viaje; una distancia que recorrió nuevamente en ferrocarril, el medio de transporte donde comenzó "a gozar de las sencillas costumbres del país." Es decir, de la amabilidad y la tranquilidad que rezumaba el trato con los autóctonos.

2. El país de las leyendas

La llegada a Dinamarca —que calificó como "el país de las leyendas"— y la contemplación del paisaje despertaron en Sanchis Sivera una nueva manifestación de su talante y espíritu, siempre ávido de conocimiento: "Siento inmensa curiosidad por lo desconocido", sentenció, "y esto aumenta mi deseo de llegar a Copenhague." De hecho, primero experimentó una inmensa alegría, no sólo por haber alcanzado la primera de sus metas, sino porque, en la misma estación, se encontró con un mozo de hotel con el que pudo hablar en francés: "Este criado es mi providencia, pues nos entendemos perfectamente." He aquí una elocuente manifestación de la importancia que nuestro autor concedía a la comunicación y a la conversación.

Las cuarenta y ocho horas siguientes las dedicó a recorrer —"desde bien de mañana hasta hacerse de noche" y "con el auxilio de un plano, el *Baedeker* y mis recias e infatigables piernas"— todos los rincones de una ciudad que calificó de "magnífica, elegante, espaciosa, limpia y

digna de ser visitada por el frívolo turista, y hasta por el intelectual." Todo despertaba su insaciable curiosidad: los canales, los jardines, las iglesias y los museos, incluso los "cafés y tabernas semisubterráneas." "Todo tiene aspecto de seductora juventud, de coquetería," apuntaba. Y es que, a Sanchis Sivera, le interesaba tanto lo divino como lo mundano; ya que, al lado del "agradable bienestar" que, aseguraba, provocaba en su espíritu "este cielo trasparente [...] y sobre todo la satisfacción y alegría de vivir que expresan todos los rostros," también reconocía pasar "distraídamente el tiempo contemplando los bien arreglados escaparates [...] y los restaurantes."

Como ya hemos señalado, lo que más le admiró de los naturales del país fue la calma y la tranquilidad que exhibían en todos los órdenes de la vida; unas cualidades que, según le explicó su joven amigo —sin duda, el principal interlocutor que tuvo en Copenhague—, formaban parte de la idiosincrasia danesa. Por lo que respecta al aspecto físico, describió a los hombres como "altos y fuertes, de ojos vivos y azules, ágiles en sus movimientos y muy cuidadosos en el vestir. La limpieza es su característica, y en cuanto a elegancia, prefieren la comodidad. Son amables, francos, económicos y muy amigos de favorecer al extranjero." Y a las mujeres, como "ordinariamente de cabellera rubia, [...] de facciones deslumbradoras, fuertes y viriles [...]. Visten con mucha sencillez, pero a pesar de ella, hacen resaltar su fina sonrisa, sus dientes blancos, sus ojos azules y su ligereza y gracia extraordinarias en el andar y una agilidad pasmosa." Como "nota curiosa," Sanchis Sivera observó que "ninguna lleva corsé," "o al menos a mi me lo parece." Y todavía, "que siempre van solas" y "montan en su mayoría la bicicleta, lo mismo viejas que jóvenes;" dos hechos que, quizás en comparación con lo que debía ser habitual en la ciudad de València, donde se situaban sus lectores, interpretó como "una prueba de la libertad que gozan aquí las mujeres."

Durante los dieciséis días que nuestro autor permaneció en Copenhague tuvo tiempo de visitar los más diversos lugares: "Todos sus principales edificios," "sus muchos jardines," "sus innumerables iglesias" y "sus curiosidades más salientes," entre las cuales "la Torre Redonda, [...] que con sus ventanas abovedadas ofrece un exterior imponente y misterioso," el Ayuntamiento, la Bolsa "y muchos hoteles que conozco solo por haber pasado por su puerta, pues mi fortuna no me permite visitar ni siquiera sus restaurants."

Con todo, puso un especial énfasis en los museos, como por ejemplo el llamado *Glypoteca* —construido y dotado por los Jacobsen, una

notable familia de cerveceros— y el de Bellas Artes. De todos los que inspeccionó, el que más le llamó la atención fue el dedicado al escultor Albert Thorwaldsen, por quien sentía una verdadera admiración, ya que su obra le parecía "comparable solo a la de Miguel Ángel por lo asombrosa, y a la de Fidias y Praxiteles por su encanto y delicadeza." Así, aseguró que la escultura era "la reina de las artes en esta capital;" que visitaba aquel museo "todos los días;" y que Thorwaldsen era "el primero de los escultores modernos."

A propósito, y teniendo en cuenta las connotaciones morales del comentario, vale la pena señalar que Sanchis Sivera también anotó:

> He observado que en todos los museos de escultura lo que más abunda son los desnudos. [...] A pesar de ello, nadie experimenta el más ligero rubor, [...] nunca he visto un gesto de disgusto ante aquella desnudez exagerada, que en ciertos países meridionales excitarían la indignación. Este pueblo, que es culto, moral y religioso, siente intensamente el arte, y éste no vive más que de la belleza y del sentimiento.

Un comentario muy intencionado con el que, bien probablemente, aludía a las reacciones de censura e indignación que, en València mismo, debían provocar la contemplación de desnudos pictóricos y/o escultóricos.

Finalmente, también destacó de una manera notoria la importancia del Museo Nacional, "que sin duda alguna contribuye de modo extraordinario a la cultura general del país;" y del palacio real de Rosemborg, que, según explicó, "me ha atraído sobremanera, pues satisface mejor que ningún otro mis aficiones a reconstruir lo pasado en los espejos de mi imaginación."

Edificios al margen, nuestro autor también dedicó unas líneas a comentar el papel del astrónomo Tyko-Brahe, "el hombre de la posteridad que ha sido la más viva luz de Dinamarca;" a glosar el "origen sobrenatural" de la bandera danesa, llamada *Danebrog*; y, sobre todo, a enumerar las delicias del jardín Tívoli, uno de los "más hermosos y más frecuentados," en la sala de conciertos del cual, por cierto, pasó una "deliciosa" velada "oyendo la orquesta que interpretaba a Strauss," "mientras saboreaba un gran vaso de cerveza." De hecho, aseguró que iba a aquel jardín prácticamente cada noche, ya que "todo en él es halagador, alegre, con un encanto que satisface," y que el lugar le permitía experimentar una felicidad casi mística.

El primer día de agosto Sanchis Sivera visitó la población de Helsingør, situada en el norte de la isla, el lugar donde discurre la trama de la más famosa tragedia de Shakespeare. Era una excursión muy anhelada, ya que, según afirmó, "desde que pisé tierra danesa la sombra de Hamlet me persigue con extraordinaria complacencia;" y lo bien cierto es que aquella visita excitó su imaginación. Así se desprende de algunos de los comentarios que le provocó la contemplación del paisaje entre Copenhague y el castillo de Kronborg, donde "la sombra del rey muerto se aparecía primero a los soldados y luego a Hamlet, para ordenarle vengase su muerte." De hecho, se dedicó a identificar, uno a uno, los escenarios del célebre drama, un pensamiento que "lo envuelve todo y atraía toda mi atención." Para concluir: "No hay aquí una piedra, un árbol, un pedazo de tierra que no tenga recuerdos del héroe," es decir, de Hamlet.

Aquella debió de ser una jornada muy intensa, desde el punto de vista emocional, para nuestro autor, que a las seis de la tarde ya estaba de regreso; y que, después de "limpiarme un poco y refrescarme con un buen vaso de cerveza," se puso a redactar la crónica de la que calificó como "excursión literaria." Mientras escribía, recibió la inesperada visita de un español de quien prefirió no desvelar la identidad —tan sólo apuntó la inicial del apellido: "Sr. B."—, una persona "que reside aquí veinte años, ocupado en la compañía del circo ecuestre, en la que trabaja como clown, haciendo las delicias del público y ganando mucho dinero," y que se le ofreció para todo aquello que el canónigo pudiera necesitar. "Mi alegría ha sido grande," exclamó nuestro autor, "pues desde que salí de España esta es la primera vez que oigo mi hermoso idioma."

Sanchis Sivera partió de Dinamarca en dirección a Suecia el 8 de agosto, dieciséis días después de haber llegado. Y, antes de dejar Copenhague, todavía realizó unas consideraciones relativas a determinadas costumbres gastronómicas e indumentarias. Así, en relación a la restauración, aseguró que allí se hacían seis comidas al día —desayuno, almuerzo, comida, dos meriendas y cena—, que, a pesar de ser ligeras, le llevaron a preguntarse "como pueden resistir ciertos estómagos la continuidad de las comidas que aquí se hacen." Y por lo que respecta a la bebida, constataba que la más extendida era la cerveza, "que es riquísima;" mientras que, por contra, "el vino es casi desconocido, habiendo muchos que no lo han probado en su vida."

Además, declaraba que "se profesa un culto extraordinario a las flores y a las plantas." Y, como remate final, que "todas estas costum-

bres van despareciendo a medida que los diversos pueblos de Europa y América constituyen una gran familia, en constante comunicación por los trenes, los vapores, los periódicos y el telégrafo [...]. Las ideas inglesas y las costumbres francesas, lo han invadido todo;" es decir, denunciaba los primeros síntomas del fenómeno que décadas después sería conocido como la globalización.

En último término, repetía que la impresión que se llevaba de Copenhague "no puede ser más agradable," ya que "por todas partes he encontrado amabilidad, discreción, comedimiento;" también que, como sabemos, la única "dificultad real" con que se había encontrado era el idioma, "pues ni el francés ni el italiano sirven para nada;" y que su suerte, en el aspecto comunicativo, había radicado en: el mozo de hotel que conoció el primer día; su mínimo conocimiento del inglés y del alemán, que "me ha servido de mucho;" y el manual de conversación danés que adquirió nada más llegar a la isla.

Nuestro autor abandonó Copenhague poco después de las once de la mañana. Lo hizo en los vagones de tren que fueron embarcados en un vapor —"puedo decir que viajo por mar en ferrocarril," exclamó divertido—, y constatando que sus compañeros de viaje eran todos alemanes, ingleses, suecos, daneses, rusos y noruegos; es decir, "ni un meridional: estos no viajan, prefiriendo el aburrimiento de una playa a los cantos de una naturaleza desconocida. ¡Si no seré yo latino...!".

Al cabo de una hora de navegación, ya divisaba Malmö, "la capital de la Scania y la tercera de Suecia." Disponía de dos horas libres hasta la salida del tren que lo conduciría definitivamente a Estocolmo, y decidió invertirlas "en arreglar mi estómago, bastante desfallecido por el traqueteo de toda la mañana." Así, entró en un tipo de restaurante llamado *smörgasbord* donde se exponían toda clase de alimentos y donde, "mediante el pago de una corona," el cliente "tiene derecho a comer, sin limitación alguna, todo lo que quiera de este banquete de viandas frías que tiene a la vista." Evidentemente, aquello era lo que posteriormente se conocería como un *buffet* libre, que en aquella época debían de ser bien poco habituales, ya que Sanchis Sivera, que había recorrido toda Europa, se sorprendió bastante al verlo, sobre todo al comprobar como "trituraban" muchos de los comensales: "Me admiro de la prontitud con que se vacían los platos, y aunque yo no me quedo corto, comparado con los demás, considérome una hormiga." Al final, "cansado de comer," encendió la pipa y se dedicó a contemplar "esta muchedumbre que parece que no se harta nunca." El espectáculo debía de estar asegurado.

3. Estocolmo, la ciudad soñada

Con la digestión todavía sin hacer, cogió el tren que, después de un trayecto "lo menos de quince horas", lo llevaría a la capital de Suecia. "Ávido de impresiones," escribía, "reconcentro mi atención en todo lo que por mi vista pasa," es decir, en un paisaje poblado de lagos, montículos, riberas, rocas, casas y árboles de todo tipo que le hicieron gozar sobremanera y que "producen en mi espíritu religiosa fascinación."

La llegada a Estocolmo, "a la ciudad soñada que pintó muchas veces mi imaginación," se produjo a las siete de la mañana del 9 de agosto, después de haber recorrido "616 kilómetros de un tirón." Se instaló en un "modesto" hotel-pensión céntrico, económico y muy bien equipado que le encantó. Pero reconoció no estar "del todo satisfecho, pues no entiendo una palabra, y el francés, inglés y alemán son lenguas extrañas para los dueños de la casa." El problema comunicativo, ya lo vemos, persistía; cosa que miró de mitigar "con el auxilio de un vocabulario sueco, el lenguaje de la mímica y la buena voluntad e inteligencia de todos," porque si alguna cosa queda clara es que Sanchis Sivera era una persona de imaginación y recursos.

Como no podía ser de otra manera, "armado de mi *Baedeker*", "provisto de un buen plano" y "después de desayunarme opíparamente," dedicó aquella primera jornada sueca a inspeccionar la mayoría de los rincones de una ciudad que calificó de "ideal," ya que, mientras la recorría, "en mi espíritu se producía una impresión de misterio encantador, de ensueño y de grata dulzura." El atípico emplazamiento de Estocolmo, "edificada sobre un grupo de islas en el punto de unión del lago Mœlar y el Báltico," le había conmovido profundamente. Y así, entusiasmado, explicaba que,

> para comprender la belleza de esta capital, hay que tener presente que la costa escandinava en esta parte está formada por un sinnúmero de islas, cubiertas de árboles y bosques, de pueblos y castillos, de jardines y quintas de recreo, entre las cuales serpentea tranquilamente el mar, llenando todas las sinuosidades, que forman dibujos pintorescos, estrechos y sombríos canales, y golfos sembrados de macizos rocosos que, sirviendo de motivos de decoración, hacen resaltar los matices de las copas de los árboles, verdadera orgía de color verde.

En Estocolmo, sin embargo, no todo era naturaleza y paisaje; y así, durante los dieciocho días que permaneció allí, Sanchis Sivera también

pasó mucho tiempo recorriendo la parte vieja de la ciudad, los lugares que escondían "la historia de esta capital y de toda la nación," donde aseguraba encontrar "una sensación de arte encantador", y donde gozaba de contemplar "en mi imaginación el pasado de estos sitios [...] mientras saboreaba un gran vaso de cerveza." Nuestro canónigo era, ya lo sabemos, un viajero ávido de experiencias, imágenes y sensaciones; un visitante que no desaprovechaba la oportunidad que la vida le había ofrecido permitiéndole visitar una ciudad como Estocolmo. Consideraba que "el tiempo es oro," y que por eso mismo tenía que "correr y más correr, como nuevo judío errante, en busca de lo notable, de lo monumental, de lo que agrada a un turista por temperamento y no por moda."

Entre los monumentos que visitó y describió destacan la iglesia de *Riddarholm*, que calificó como "el Escorial sueco;" el museo etnográfico del Norte, "situado a la entrada del parque de *Djurgärden*, hermosa isla que constituye el mejor ornamento del archipiélago", y que, de hecho, calificó como el parque más seductor de Europa; el *Skansen*, un museo al aire libre "de más de 2.500 hectáreas de superficie, formado por colinas rocosas, lagos, bosques, praderas y campos cultivados, [...] con la fauna y flora de todo el país y su etnografía viviente y original;" el Palacio Real, un edificio suntuoso que "recuerda por su arquitectura el estilo de los palacios de Versalles, y por su conjunto al palacio Pitti, de Florencia;" el Museo Nacional, "sin duda, el más importante;" el de la Academia de Ciencia Natural, "que contiene notables colecciones de zoología, botánica y mineralogía;" la Casa de los Caballeros, que, "aunque no tiene más interés que los recuerdos que evoca, me atrae soberanamente;" y "tres o cuatro iglesias," entre las cuales las de San Nicolás y Santa Gertrudis.

Por lo que respecta al talante de los suecos, destacó que "uno de los caracteres de esta capital es la limpieza y pulcritud en todo, [...] pues aquí está terminantemente prohibido arrojar a la calle ni un pedacito de sobre roto." Una pulcritud que, aseguraba, se manifestaba de una manera especial en la ciudadanía, que tenía como "sello dominante" la elegancia, "reflejada en el vestir, en el obrar y en el más nimio detalle." En relación a la indumentaria, explicó que "se viste a la burguesa, sin exageraciones, buscando la propia comodidad y atendiendo más bien a la elegancia connatural de los ciudadanos, que a los deseos de singularizarse y dar satisfacción a una vanidad que a nada conduce." Y en referencia a las costumbres, que "una educación esmerada impera en todos los actos. [...] Nadie disputa, ni riñe, ni gesticula y habla en

voz alta, porque esto molestaría al prójimo." "La honradez preside en todo," concluía, "y no hay miedo a que estafen al extranjero."

Sobre los hábitos gastronómicos, apuntaba que "los estómagos estokolmeses no son menos insondables que los daneses," ya que también allí se realizaban media docena de comidas diarias. Y al referirse a los servicios públicos, que calificó de admirables, le llamaron la atención los numerosos quioscos telefónicos que había instalados "en todos los paseos, calles y plazas."

La comparación entre la manera de ser y de vivir de los habitantes de Copenhague y Estocolmo, por una parte, y los de València, de donde Sanchis Sivera era originario y donde se situaban sus lectores, está, de alguna manera, presente en toda la colección de artículos. Y aunque a menudo solo puede leerse entre líneas, en ocasiones resulta evidente. Así, mientras reflexionaba sobre la tranquilidad, la educación y el respeto a la pro-piedad ajena —es decir, la ausencia de vandalismo— que presidían las calles de Estocolmo, y que denotaban "la cultura de este pueblo feliz, rico y trabajador," comentaba: "Cuando me acuerdo que en una hermosa capital que no quiero nombrar se roban las tuberías del gas, los hilos telefónicos y hasta las trapas de hierro de las alcantarillas públicas, me entristezco y acuden a mi mente aquellas apocalípticas palabras: *nulla est redemptio*." ¿Pensaba, al escribir aquello, en su amada València? Todo indica que sí.

Tal como ya había hecho en Copenhague, durante su estancia en Estocolmo nuestro protagonista realizó también diversas excursiones. Aseguraba que ninguna capital europea ofrecía una naturaleza tan exuberante y atractiva como la que allí podía contemplarse, con "bosques soberbios," "golfos, bahías y canales" e "isletas pobladas de castillos." Y así, no debe extrañarnos que la mayor parte de los días realizara alguna que otra escapada "por estos encantados alrededores," como las que le llevaron al lago Mœlar, el tercero del país en magnitud, y a Upsala, la antigua capital de Suecia, "célebre por su catedral y universidad," que calificó como "cuna de las leyendas."

Nuestro autor dedicó uno de sus artículos a explicar y alabar el estricto método educativo que aplicaba el pueblo sueco. Con referencia a las escuelas de primaria, destacaba que estaban magníficamente equipadas. "Quedé anonadado," exclamó después de visitar diversos colegios. Y es que los suecos no escatimaban presupuesto en materia cultural: "Un pueblo [...] que se preocupa de la cultura pública con tal religioso cuidado como si se tratara de lo más trascendental que le incumbe, tiene razón para llamarse y ser el más ilustrado de Europa."

Literalmente, afirmó que "el nivel de la instrucción popular es más elevado en este país que en ningún pueblo del globo, pudiéndose decir que el número de los analfabetos es casi nulo;" y que eso se producía, entre otras cosas, porque la educación era "obligatoria hasta la exageración, multándose al padre por una simple falta del niño a la escuela." Así mismo, también alabó el "espíritu igualitario" que reinaba en los colegios, que no establecía diferencias ni de sexo ni de condición económica o social; y el hecho, bien significativo para la época, que el pueblo sueco ocupara el primer lugar "en la enseñanza primaria de los niños anormales".

Finalmente, se refirió —de nuevo en términos laudatorios— a los galardones que en aquel momento ya otorgaban renombre internacional al país: "Es digno de admirar que una modesta nación, como Suecia, cuente con una institución como la del premio Nobel." Y acabó la crónica con un comentario que, como en el caso de la seguridad ciudadana, hay que leer en clave de autocrítica: "A los españoles nos cabe la honra de haber sido concedido el premio a alguno de nuestros sabios, cuya existencia solo hemos conocido cuando desde fuera nos ha sido señalada."

El penúltimo artículo que redactó está dedicado al carácter, las costumbres y la idiosincrasia de los suecos. Para hablar del tema con propiedad, aseguraba, "precisa vivir aquí largo tiempo conociendo el idioma," es decir, habiéndose integrado en la vida de aquel pueblo. Cosa que él, bastante que le pesaba, no había conseguido. De manera que no le quedó más remedio que realizar la aproximación a través de un libro titulado *La vie et l'art des scandinaves*, una obra del francés Maurice Gandolphe que devoró ávidamente y calificó como "la más completa y verdadera que sobre el asunto se ha escrito."

Nuestro autor inició la última crónica —fechada el 23 de agosto— de su trepidante viaje a tierras escandinavas lamentando que, "a poder venir dos meses antes," su *tournée* habría resultado aún más extensa y completa, ya que habría podido desplazarse hasta el Cabo del Norte y haber gozado del sol de medianoche, el "fenómeno más singular que nadie imaginara." También apuntaba que había renunciado a realizar excursiones al interior de Suecia, "porque el principal atractivo de los días sin noche ya no puede gozarse;" y hacía planes de futuro asegurando que, "si vuelvo otra vez por aquí, elegiré época mejor y me prepararé de otra manera para recorrer los soberbios y majestuosos ríos del país;" y Laponia, "ese país curiosísimo cuya población [...] conserva detalles de la vida primitiva de esta raza."

Así mismo, explicaba que hacía dos días que consideraba la posibilidad de visitar el "país de los Czares" —y más concretamente, San Petersburgo—, "para admirar las tártaras riberas del Volga y extasiarme ante las cúpulas azules y doradas de las iglesias;" y que se encontraba indeciso "entre continuar el viaje [a Rusia] o emprender el regreso [a casa]." ¿Y qué provocó que, finalmente, Sanchis Sivera renunciara a la idea de visitar un territorio que tanto le cautivaba? Pues lo que denominó como "las tristezas propias del que viaja solo," que, aseguraba, "me producen un desfallecimiento de ánimo que me quitan el gusto de todo;" y que, de hecho, motivaron una de las reflexiones más elocuentes, desde el punto de vista íntimo y personal, que podemos encontrar a lo largo de aquella colección de crónicas: "Dos días que no he hablado con nadie," se lamentaba; "las dificultades del idioma aumentan a medida que voy estudiando las costumbres de este pueblo, y el dinero va disminuyendo de una manera feroz." De donde podemos deducir que fue un triple motivo el que, finalmente, le llevó a no alargar más un viaje que, no lo olvidemos, ya duraba cuarenta días: 1) la debilidad de ánimo que le provocaba la soledad; 2) los problemas de (in)comunicación que se derivaban del desconocimiento del idioma; y 3) el factor económico.

De esta manera determinó, antes de iniciar el viaje de regreso, concederse una especie de prórroga y permanecer cuarenta y ocho horas más en Estocolmo,

> para saborear la calma de esta civilización. [...] Recorreré de nuevo las líquidas arterias de la ciudad; seguiré regustando las dulzuras de las noches en los jardines públicos; oiré otra vez la música que atrae a los trasnochadores ciudadanos; regeneraré mi sangre y nervios con el ozono de estos bosques [...] y percibiré, como despedida, la misteriosa dulzura de estos crepúsculos.

Finalmente, el 26 de agosto, dieciocho días después de haber llegado, Sanchis Sivera abandonó definitivamente aquella "hermosa capital," "con la misma tristeza que el niño abandona las praderas y las flores para encerrarse en el austero colegio, trocando las vacaciones por las clases." Para que la magia y la poesía que habían engalanado las jornadas previas fueran todavía más intensas, el tren que lo iba a llevar de vuelta a casa se puso en marcha a la hora del crepúsculo. Tenía por delante dieciocho largas horas de viaje, antes de llegar a Malmö; y de la única cosa que se quejó fue de las pocas posibilidades de comunicación

que le ofrecía el trayecto: "Me aburro soberanamente, porque no puedo hablar con nadie."

Una vez en el puerto de Malmö, y ya desde el paquebote que lo trasladaría a Copenhague, aseguró: "Estoy triste porque abandono este país de ensueños." Como hemos podido comprobar, la de transmitir constantemente su estado de ánimo —aburrido, triste, contento, emocionado, excitado, exultante...—, fue una constante de la narración del viaje a Escandinavia que realizó Sanchis Sivera, un relato que resulta, de esta manera, tremendamente emotivo y singular. Era así como nuestro autor se presentaba ante los lectores como un hábil cronista, diáfano y meticuloso, que no escondía ninguna circunstancia o sentimiento; que explicaba incluso las cervezas que se tomaba; y que proyectaba su personalidad sobre el texto de una manera tan natural como atractiva, transmitiendo así proximidad y sinceridad a partes iguales.

4. Un valenciano entre valquirias

Para que la despedida de unos países con los que tanto había empatizado no resultara tan abrupta, para que fuera temperada y escalonada, "he querido permanecer un día en esta magnífica capital," escribía el 27 de agosto desde Copenhague, el lugar y momento en el que puso punto final a sus crónicas. De hecho, aseguraba que durante aquellas veinticuatro horas danesas había añorado el territorio sueco, ya que "Dinamarca es una continuación de Suecia, aunque en miniatura". Aquella última jornada, vivida a manera de epílogo, le debió resultar ciertamente terapéutica: "Quiero despedirme con Dinamarca de los países escandinavos, y para ello he recorrido los espléndidos parques, lugares de suave descanso y de íntima satisfacción. Nada falta aquí de lo que tanto me ha impresionado en Suecia." Fue la manera que nuestro autor —aventurero y ávido de conocimiento— encontró de preparar su espíritu para poner fin a aquel largo viaje a Escandinavia; la forma de retrasar un adiós que habría deseado que nunca se hubiera producido, y de demorar el retorno a "la enervante realidad."

Quizás porque las semanas precedentes, en que tantos y tan diversos lugares recorrió, se habían sucedido de manera frenética, deseaba despedirse con calma de "toda la poesía de estos países escandinavos," de todo lo que durante las jornadas anteriores había excitado sus sentidos e imaginación: "Sus walkyrias, sus héroes, sus dioses, sus fantasías y sus leyendas." Lo necesitaba para asimilar el final de un viaje que lo marcaría para siempre; para digerir la añoranza y el desasosiego que le provocaban la separación de una tierra tan

halagadora; unos sentimientos que únicamente se vieron aplacados por "la esperanza de ver pronto mi querido *Micalet*." Es decir, por la alegría del retorno a casa. Una referencia final, la del campanario de la catedral de València, con la que Josep Sanchis Sivera, aquel perfecto *weltbürger* (Martínez, 1933) de espíritu libre y soñador que sentía una inmensa curiosidad por todo lo desconocido, quiso explicitar donde se encontraban sus raíces y su corazón.

Obras citadas

Ferrando, Antoni. "Pròleg." En Josep Sanchis Sivera. *Estudis d'història cultural*. València/Barcelona: IIFV-PAM, 1999: 11-13.

Martínez Ferrando, Ernest. "Mossén Sanchis Sivera, canonge exemplar." *El Camí* 68 (24-06-1933): 4.

Pérez i Moragón, Francesc. "Notícia biogràfica." En Josep Sanchis Sivera. *Estudis d'història cultural*. València/Barcelona: IIFV-PAM, 1999: 37-45.

Robres Lluch, Ramon. "Notas para la biografía de don José Sanchis Sivera," *Las Provincias* (17-01-1940).

Roca, Rafael. *La Renaixença valenciana i el redescobriment del país. El Centre Excursionista de Lo Rat Penat (1880-1911)*. Paiporta: Denes, 2011.

———. "El historiador Josep Sanchis Sivera (1867-1937): un viajero infatigable" (*en prensa*).

Rodrigo, Mateu & Francesc Pérez i Moragón. "Bibliografia de Josep Sanchis Sivera." En Josep Sanchis Sivera. *Estudis d'història cultural*. València/Barcelona: IIFV-PAM, 1999: 47-56.

Salvador, Carles. "Obres de Sanchis Sivera no enregistrades en el seu índex." *Almanaque de Las Provincias* para 1944 (1943): 155-156.

Valentino, "De re literaria. *Dos meses en Italia. Impresiones y recuerdos*, por José Sanchis Sivera. *Redimida*, por Vicente Sanchis. *La vieja azul*, por Ramón Trilles". *Las Provincias* (16-07-1902).

Libros reseñados